

D. BEL. —¿No descansará
Algun tiempo, y gozará
De la corte?

LETRADO —Dicha mia
Fuera quedarme con vos;
Pero mi oficio me espera.

D. BEL.—Ya entiendo; volar quisiera,
Porque va á mandar. A Dios.

LETRADO—Guarde os Dios. Dolor extraño
Le dió al buen viejo la nueva;
Al fin el mas sabio lleva
Agriamente un desengaño.

ESCENA III.

El teatro representa las platerías.

D. GARCÍA (*vestido de galan*) y TRISTAN.

D. GAR.—¿Díceme bien este traje?

TRISTAN—Divinamente, señor.
Bien hubiese el inventor
De este holandesco follaje!
¿Con un cuello apanalado
Qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama, á quien dió
Ciertó amigo gran cuidado
Mientras con cuello le via;
Y una vez que llegó á verle

Sin él, la obligó á perderle
Cuanta aficion le tenia;

Porque ciertos costurones
En la garganta cetrina
Publicaban la ruina
De pasados lamparones:

Las narices le crecieron;
Mostró un gran palmo de oreja,
Y las quijadas de vieja
En lo enjuto parecieron.

Al fin el galan quedó
Tan otro del que solia,
Que no le conoceria
La madre que le parió.

D. GAR.—Por esa y otras razones
Me holgara de que saliera
Premática, que impidiera
Esos vanos canjilones.

Que demas de esos engaños,
Con su holanda el extranjero
Saca de España el dinero
Para nuestros propios daños:

Una valoncilla angosta,
Usándose, le estuviera
Bien al rostro, y se anduviera
Mas á gusto, á ménos costa.

Y no que con tal cuidado
Sirve un galan á su cuello,

Que, por no descomponello,
Se obliga á andar empalado.

TRISTAN—Yo sé quien tuvo ocasion
De gozar su amada bella,
Y no osó llegarse á ella
Por no ajar un canjilon.

Y esto me tiene confuso;
Todos dicen que se holgáran
De que valonas se usaran,
Y nadie comienza el uso.

D. GAR.—De gobernar nos dejemos
El mundo: ¿qué hay de mujeres?

TRISTAN—¿El mundo dejas, y quieres
Que la carne gobernemos?
¿Es mas fácil?

D. GAR. —Mas gustoso.

TRISTAN—¿Eres tierno?

D. GAR. —Mozo soy.

TRISTAN—Pues en lugar ¿entras hoy,
Donde amor no vive ocioso.

Resplandecen damas bellas
En el cortesano suelo,
De la suerte que en el cielo
Brillan lucientes estrellas.

En el vicio y la virtud,
Y el estado hay diferencia;
Como es vária su influencia,
Resplandor y magnitud.

Las señoras no es mi intento
Que en este número estén;
Que son ángeles, á quien
No se atreve el pensamiento.

Solo te diré de aquellas,
Que son con almas livianas,
Siendo divinas, humanas;
Corruptibles, siendo estrellas.

Bellas casadas verás,
Conversables y discretas,
Que las llamo yo planetas,
Porque resplandecen mas.

Estas, con la conjuncion
De maridos placenteros,
Influyen en extranjeros
Dadivosa condiciòn.

Otras hay, cuyos maridos
A comisiones se van,
O que en las Indias están,
O en Italia entretenidos.

No todas dicen verdad
En esto, que mil taimadas
Suelen fingirse casadas,
Por vivir con libertad.

Verás de cautas pasantes
Hermosas recientes hijas;
Estas son estrellas fijas,
Y sus madres son errantes.

Hay una gran multitud
De señoras del tuson,
Que entre cortesanas son
De la mayor magnitud.

Siguense tras las tusonas
Otras, que serlo desean,
Y aunque tan buenas no sean,
Son mejores que busconas.

Estas son unas estrellas
Que dan menor claridad;
Mas en la necesidad
Te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona no la cuento
Por estrella, que es cometa;
Pues ni su luz es perfeta,
Ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
Amenazando al dinero,
Y en cumpliéndose el agüero,
Al punto desaparece.

Niñas salen que procuran
Gozar todas ocasiones;
Estas son exhalaciones
Que mientras se queman, duran.

Pero que adviertas es bien,
Si en estas estrellas tocas,
Que son estables muy pocas,
Por mas que un Perú les den.

No ignores, pues yo no ignoro,
Que un signo el de Virgo es,
Y los de cuernos son tres
Aries, Capricornio y Toro:

Y así sin fiar en ellas,
Lleva un presupuesto solo,
Y es que el dinero es el polo
De todas estas estrellas.

D. GAR.—¿Eres astrólogo?

TRISTAN —Oí,
El tiempo que pretendia,
En palacio astrología.

D. GAR.—¿Luego has pretendido?

TRISTAN —Fuí
Pretendiente por mi mal.

D. GAR.—¿Cómo en servir has parado?

TRISTAN—Señor, porque me han faltado
La fortuna y el caudal;
Aunque quien te sirve, en vano
Por mejor suerte suspira.

D. GAR.—Deja lisonjas, y mira

(*Miran hácia adentro.*)
El marfil de aquella mano,
El divino resplandor
De aquellos ojos, que juntas
Despiden entre las puntas
Flechas de muerte y amor.

TRISTAN—¿Dices aquella señora

Que va en el coche?

D. GAR. —¿Pues cuál

Merece alabanza igual?

TRISTAN—¿Qué bien encajaba agora

Eso de coche del sol,

Con todos sus adherentes

De rayos de fuego ardientes,

Y deslumbrante arrebol!

D. GAR.—La primer dama que ví

En la corte, me agradó.

TRISTAN—¿La primera en tierra?

D. GAR. —No,

La primera en cielo sí;

Que es divina esta mujer.

TRISTAN—Por puntos las toparás

Tan bellas, que no podrás

Ser firme en un parecer.

Yo nunca he tenido aquí

Constante amor ni deseo;

Que siempre por la que veo

Me olvido de la que ví.

D. GAR.—¿Dónde ha de haber resplandores

Que borren los de estos ojos?

TRISTAN—Míraslos ya con antojos,

Que hacen las cosas mayores.

D. GAR.—¿Conoces, Tristan?

TRISTAN —No humanes

Lo que por divino adoras;

Porque tan altas señoras

No tocan á los Tristanes.

D. GAR.—Pues yo al fin, quien fuere sea,

La quiero, y he de servilla;

Tú puedes, Tristan, seguilla.

TRISTAN—Detente, que ella se apea

En la tienda.

D. GAR. —Llegar quiero.

¿Usase en la corte?

TRISTAN —Sí;

Con la regla que te di,

Dé que es el polo el dinero.

D. GAR.—Oro traigo.

TRISTAN —Cierra, España,

Que á César llevas contigo;

Mas mira si en lo que digo

Mi pensamiento se engaña.

Advierte, señor, si aquella

Que tras ella sale agora,

Puede ser sol de su aurora,

ser aurora de su estrella.

D. GAR.—Hermosa es tambien.

TRISTAN —Pues mira

Si la criada es peor.

D. GAR.—El coche es arco de amor,

Y son flechas cuantas tira:

Yo llego.

TRISTAN —A lo dicho advierte.

D. GAR.—¿Y es?
 TRISTAN —Que á la mujer rogando,
 Y con el dinero dando.
 D. GAR.—¡Consista en eso mi suerte!
 TRISTAN—Pues yo, miéntras hablas, quiero
 Que me haga relacion
 El cochero, de quien son.
 D. GAR.—¿Dirálo?
 TRISTAN —Sí, que es cochero.

ESCENA IV.

D.^a JACINTA, D.^a LUCRECIA, É ISABEL CON MANTOS.
 CAE JACINTA, LLEGA D. GARCÍA Y LE DA LA MANO.

D.^a JAC.—¡Válgame Dios!
 D. GAR. —Esta mano
 Os servid de que os levante,
 Si merezco ser atlante
 De un cielo tan soberano.
 D.^a JAC.—Atlante debeis de ser,
 Pues le llegais á tocar.
 D. GAR.—Una cosa es alcanzar
 Y otra cosa merecer.
 ¿Qué vitoria es la beldad
 Alcanzar, por quien me abraso,
 Si es favor que debo al caso
 Y no á vuestra voluntad?

Con mi propia mano así
 El cielo, ¿mas qué importó,
 Si ha sido porque el cayó
 Y no porque yo subí?
 D.^a JAC.—¿Para qué fin se procura
 merecer?
 D. GAR. —Para alcanzar.
 D.^a JAC.—Llegar al fin, sin pasar
 Por los medios, ¿no es ventura?
 D. GAR.—Sí.
 D.^a JAC. —¿Pues cómo estais quejoso
 Del bien que os ha sucedido,
 Si el no haberlo merecido
 Os hace más venturoso?
 D. GAR.—Porque como las acciones
 Del agravio y el favor
 Reciben todo el valor
 Solo de las intenciones;
 Por la mano que os toqué
 No estoy yo favorecido,
 Si haberlo vos consentido
 Con esa intencion no fué.
 Y así sentir me dejad,
 Que cuando tal dicha gano,
 Venga sin alma la mano
 Y el favor sin voluntad.
 D.^a JAC.—Si la vuestra no sabia,
 De que agora me informais,